

Intervención de Belarmino Fernández Fervienza, Alcalde de Somiedo

Majestades, Altezas Reales, Sr. Presidente del Principado, autoridades, vecinos y vecinas.

En nombre de Santa María del Puerto y del concejo de Somiedo y de quienes aquí residen, les doy la bienvenida, a este hermoso lugar, que en el presente año el jurado de la Fundación Princesa de Asturias ha considerado merecedor del Premio al Pueblo Ejemplar de Asturias, designación que nos enorgullece y agradecemos profundamente al mismo tiempo. Orgullo y agradecimiento que nos devuelve el recuerdo de sus anteriores visitas a Somiedo. La primera en 1990, en La Peral, a escasos kilómetros de aquí, donde inauguró el primer mirador de Somiedo: Mirador del Príncipe, siendo su visita un impulso para el recién declarado Parque Natural. Años más tarde, en 2004, el pueblo somedano de Villar de Vildas, recibía el galardón de Pueblo Ejemplar de Asturias. Al acto de entrega, el entonces Príncipe, vino acompañado de Dña. Leticia y juntos conocieron uno de nuestros emblemas: las cabanas de teito de escoba. Recordamos también más recientemente, en 2017, su Majestad Don Felipe, nos honró con su presencia en la conmemoración del centenario de la Central Hidroeléctrica de La Malva. Hoy nuevamente damos la bienvenida a sus Majestades, y también en su primera visita a Somiedo, a la Princesa de Asturias Dña Leonor y a la Infana Dña. Sofía.

El premio, además de la lógica alegría y satisfacción, también conlleva su responsabilidad, conservar y promocionar un modo (nunca mejor dicho, ejemplar) de entender la relación de los habitantes de un territorio y su entorno, de preservar una sensata forma de vida.

Todo lo que desde aquí vemos es el resultado de una antiquísima y ajustada cultura de montaña que imprimió en el paisaje su forma de ser, como el escritor plasma sus pensamientos en un libro.

Una cultura que atraviesa tiempos de incertidumbre y para la que quisiéramos que pudiera seguir siendo en el futuro, lo que viene siendo desde el pasado: la que construyó y mantiene la geografía más amable y más humana de las montañas. La que evita el incendio, la que mantiene abiertos los caminos, la que nos provee de alimentos saludables, la que nos regala el paisaje y las vistas. La geografía que disfrutamos todos y que es hoy el resultado del trabajo esforzado de unos pocos. Una cultura que querría ser en el futuro lo que viene siendo desde el pasado. Eso sí, y por lógica, sin que ello suponga renunciar a la calidad de vida propia de las sociedades más prósperas.

Es cierto que algunas especies biológicas están en peligro de extinción, pero lo es más que la principal de todas ellas, la que mantiene el orden de la montaña, atraviesa un momento crítico. Las gentes y las comunidades de montaña son la principal especie en extinción. Si desaparecen, desaparece el paisaje del que hoy disfrutamos. Las culturas, y en especial las que nacen y viven cosidas a los territorios, son la piedra angular de las civilizaciones “rústicas”, las arcadias que tanto atraen a los intelectuales de todas las épocas.

Los somedanos y somedanas estamos orgullosos de nuestro entorno, flora, geología, fauna (el oso como especie emblemática) con la que compartimos el territorio. Pero más aún lo estamos —y agradecidos también— de las vacas que nos acompañan desde el origen de los tiempos y hoy hacen de telón de fondo en este acto, ajenas a protocolos y celebraciones. Sin ellas no seríamos, sin ellas este paisaje tampoco. Sin ellas no estaríamos aquí recibiendo este premio, sin ellas los vecinos y vecinas de Santa María del Puerto no hubieran habitado estas tierras altas, sin ellas no existirían brañas, cabanas de teito, ni caminos, ni los pastizales que les dan el alimento y que hoy sabemos que

funcionan como barreras contra el cambio climático. Sin ellas no hubiéramos descubierto el turismo, ni la espesura de la maleza hubiera permitido la actividad agraria.

Este pueblo que hoy recibe la distinción de pueblo ejemplar ha sabido aliarse con las vacas. Con ellas, y gracias a ellas, ha sabido sacarle el sustento a estas tierras donde la naturaleza deja pocos resquicios a la abundancia y lo han hecho no solo sin dañarla sino mejorándola. Por eso, permítanme que quiera dedicar este discurso a las vacas, a las gentes que nos precedieron y a quienes hoy continúan su estela, y que han hecho posible que hoy estemos aquí celebrándolo.

En la actualidad se ha puesto de moda la palabra “resiliencia”, y el medio rural es el mejor ejemplo para explicar su definición: adaptarse a las situaciones adversas con resultados positivos. Estos últimos tiempos hemos padecido una de las mayores crisis económicas mundiales, hemos sufrido una pandemia que se ha llevado por delante millones de vidas (vaya desde aquí nuestro recuerdo para tanta gente que la ha sufrido) y ha cambiado por completo nuestra visión del mundo. El medio rural ha resistido y los pueblos han servido de refugio a muchas personas en tiempos de zozobra. Quedémonos con esto. Con la resiliencia del medio rural, con su manera sensata de afrontar la vida, con su capacidad de seguir adelante, de su hospitalidad. Y como muestra de todo lo dicho, este pueblo que hoy nos acoge que, con el paso de los años, y aun de los siglos han mantenido sus señas de identidad, portadores de la cultura vaqueira que han heredado de sus padres y abuelos y que ahora transmiten a sus hijos y nietos. Así es Santa María del Puerto, un motivo de orgullo para los vaqueiros, para Somiedo. Un pueblo ejemplar.

Muchas gracias